BX1428
S2

1080012152

José P. Saldaña.

Del Pasado y Del Presente.

A mi estimado amigo
Rufino G. Zavala
A. Saldaña
5/6 de 1923.

Del Pasado y del Presente

A mi Jefe y gran amigo
Don Ricardo Covarrubias
R. E. Flores
2/23/42

José P. Saldaña

El decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.—L. F. MORATIN.

La verdad no es solo una idea que es preciso conocer: es además un aire que es necesario respirar.—VINET

Del Pasado y del Presente

PAGINAS DE VERDAD

— Y DE COMBATE. —

MONTERREY, NUEVO LEON, MEXICO

Imp. J. Cantú Leal.

1917.

BX1422
S2

Es propiedad del Autor.

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
155346

PROLOGO.

Va este libro sin recomendación alguna, es decir, sin el visto bueno de algún escritor conocido en el mundo de las letras. No he querido solicitar tal gracia de nadie, por que estoy convencido de que una obra, buena o mala, nada gana en sí, con que una firma prestigiada calce en su portada algunas palabras de alabanza, que muchas veces no merece. Además, es tan común eso de cobijarse bajo "buena sombra," que en ocasiones por el nombre del prologista se compra un libro, y no pocas veces resulta que el prólogo estuvo bien escrito pero la obra, ni de leerse. Así pués, he querido salirme de lo vulgar y va mi libro, sin llenar ese requisito de la costumbre, pobre de galanuras y estilo, buscando, no el triunfo sonado del que sabe, sino la satisfacción para quien, como yo, novicio en el Arte Literario, cree hacer algo de provecho para el pueblo en general,

Después de un estudio concienzudo y de una observación minuciosa, adquirí la convicción de que el Clero ha sido y es altamente nocivo a la sociedad. Por desgracia, nuestra República ha sido una de las mas perjudicadas; pués el Clero ha controlado la mayor parte de sus riquezas y tiene a las dos terceras partes de sus habitantes sometidos al yugo de la Iglesia. En consideración a esto, me propuse trabajar en el sentido de contrarrestarle cuantos elementos fuera posible, ya que la misma Iglesia admite que su reinado no es de este Mundo, y siendo el libro un medio magnífico para propagar una idea cualquiera, me resolví a caminar por este sendero.

Lejos estoy de creer que he hecho una obra completa, nada de eso, por el contrario, la considero muy deficiente dada mi in capacidad y creo que mucho más se puede escribir sobre el particular, y ojalá que personas mejor capacitadas que yo, emprendan la tarea, loable por mil títulos, de desenmascarar al Clero, ya que con ello harán obra pro Patria. Combatir al Clero quiere decir luchar por recuperar para nuestra Nación muchos millones de pesos, por arrancar de la ignorancia a la mayor parte de sus habitantes, y por adquirir las grandes extensiones de tierra que aún conserva en su poder, sin beneficio positivo para el Erario Federal.

Para llegar a esta finalidad es necesario luchar con tesón, pués se trata nada menos

que de acabar con un estado de cosas que tuvo su principio hace cuatrocientos años y que por lo mismo, ha creado poderosos intereses muy difíciles de extirpar.

El lamentable atraso que guarda nuestra República, en parangón con las demás Naciones civilizadas, es debido al imperio que el Clero ha ejercido en ella; pués bien sabido es que de la ignorancia ha formado su mejor arma. En consecuencia, en donde mayor número de Iglesias hay, en relación a sus habitantes, mayor es la ignorancia de las masas. Quien haya viajado por el interior de la República, se habrá convencido de esta verdad. pués allá hasta la más humilde ranchería cuenta con su iglesia, y en cambio, las escuelas no se conocen, resultando naturalmente un contingente fabuloso del lado del obscurantismo, sea del Clero.

Vargas Vila dice: "La Parroquia es la tumba de los talentos a quienes no acompaña un gran carácter." Y es una verdad completa, pués hemos visto a hombres de reconocida ilustración figurar al lado del Clero, y laborar de hecho por el atraso del pueblo, deslumbrados por las oropelezcas e insubstanciales mistificaciones de la iglesia.

Siguiendo la consecuencia que de esto se desprende, vemos que miembros conspicuos del Clero, han laborado abiertamente eñ contra del progreso en sus más bellas manifestaciones, con alarde de sapiencia. Co-

mo una patética prueba que confirma lo dicho, en seguida inserto parte de un discurso que el famoso Obispo Montes de Oca y Obregón leyó en el Colegio de San Juan Nepomuseno, de Saltillo, el 5 de Octubre de 1884, con motivo del Ferrocarril que acababa de instalarse en esa región. Dice así: "Hace un año ¡con qué alboroto celebrábamos todos la llegada del ferrocarril! Al legítimo gozo que llenaba a la universalidad de los habitantes de estas comarcas, se añadian en muchísimos esperanzas exageradas e ilusiones para lo futuro, de que muy pocos se pudieron librar. ¡Se creia que la locomotora era el cuerno de la abundancia, que a cada silvo arrojaría a derecha e izquierda torrentes inagotables de oro y de plata! Figurábanse muchos que cada coche vendría enchido de millonarios del Norte, que derramarían tesoros por todo el pais, harían prosperar el comercio de un modo inaudito, fundarían ciudades populosas en un abrir y cerrar de ojos, fecundarían los campos más áridos, harían navegables los más insignificantes arroyuelos, desviarían el curso de los ríos mas caudalosos, y aún atraerían a su arbitrio la lluvia del cielo.

"¿Recordais con qué avidez se preparaban ricos y pobres a tamañas fortunas? Recordais como los propietarios de predios rústicos contaban los millones que les iban a producir terrenos que valían pocos centenares; como los dueños de fincas urbanas triplica-

ban y cuadruplicaban las rentas, o arrojaban a la calle a los inquilinos en espera de riquísimos huéspedes que pagaran un doblón por lo que antes valiera un ardite? Recordais como apenas bastaban los materiales todos de la empresa ferrocarrilera, para conducir la multitud de efectos que sin tasa pedían nuestros mercadantes, en previsión de centuplicado consumo?

"¡Pocos meses bastaron para que se desvanecieran sueños tan lisonjeros! Bancarrotas sin número, falta de movimiento mercantil, diminución en el valor de la propiedad rústica y urbana, escasez de numerario por todas partes, hambre, pobreza, miseria, es lo que ha venido en pos del anhelado vapor; que aquí parece haber agotado sus fuerzas, sin poder continuar su camino hacia la capital de la República."

Basta con los párrafos copiados para formarse una idea del disparatado discurso en referencia; pués las razones en que se apoya no pueden ser más peregrinas y hasta mueven a risa Más en verdad, no era la disminución o el no aumento de valor de la propiedad urbana y rústica, ni el escaso movimiento mercantil lo que preocupaba al Obispo, sino la *fácil* comunicación con los Estados Unidos de donde nos vendrían periódicos y libros con nuevas orientaciones. Allí veia el peligro y por eso, no por otra cosa, combatía al Ferrocarril en forma tan original y torpe. Por supuesto que estaba en lo

justo, pués si su misión, como toda la de los miembros del Clero, es la de poner barreras al progreso, no hizo más que cumplir a secas con su deber.

Hubo otros prelados que no se conformaron con hablar en contra del Ferrocarril, sino que, por medio de mil intrigas, lograron que la linea férrea pasara a gran distancia de muchos pueblos, con lo que labraron la desgracia de los mismos. Más, en definitiva, como el progreso no admite barreras, el Ferrocarril, a pesar de los anatemas de la iglesia, atravesó la República Mexicana por diferentes rumbos, llevando a todas partes nuevos gérmenes de vida que han comenzado a fructificar. El humo de las locomotoras, elevándose al cielo como homenaje al trabajo y al progreso, nos habla con sobrada elocuencia de que la ignorancia, hija del fanatismo, como él se esfumará en la bóveda celeste como resultado de la combustión de las ideas en el crisol de la ciencia.

Ayudar a desfanatizar al pueblo tiende este libro; pués he visto con dolor el estado lastimoso en que se encuentra, principalmente en el interior de la República, en donde antes que todo está la Iglesia. Y decir iglesia equivale a decir centro de ignorancia.

No hace mucho tiempo, viajando por uno de los pueblos del Estado de México, que

no está muy retirado de la Ciudad de Toluca, presencié un caso que señala con claridad meridiana lo que puede el fanatismo en ciertas gentes. Platicando con el Alcalde de dicho pueblo sobre las mejoras materiales llevadas a cabo, se llenó de orgullo diciéndome:—en pocas partes se ha hecho lo que aquí y esto que contamos con pocos elementos, pués el Pueblo, como usted vé, es chico; pero en fin, estoy contento y no tardaremos mucho en dar fín a nuestra obra.—Creí de pronto que se trataría de la construcción de alguna presa, o de algún edificio público; pero luego, creyendo adivinar, por el entusiasmo con que me hablaba aquel viejo de sus desvelos y sacrificios, le interrumpí diciéndole: ni una palabra más, ya sé en que consiste la mejora; en una Escuela. Como toda respuesta oí una carcajada.

Viendo mi confusión, contuvo el Alcalde su risa agregando—ni quien piense en eso cuando no hemos concluido la iglesia.—Pero cómo, le respondí, ¿entonces se trata de una iglesia?—Exactamente.

A sus reiteradas instancias fuí a visitar la nueva iglesia;—hay que advertir que existía otra,—y en verdad que no en vano se jactaba aquel buen viejo, pués el edificio de seguro no importaba menos de veinte mil pesos plata, demasiado si se toma en consideración que el Pueblo aquel no cuenta con más de mil habitantes.

Hablamos sobre el costo del templo, sobre el tiempo que tardaron en su construcción y sobre mil detalles, hasta tocar nuestra conversación el punto relativo a la instrucción primaria. A este particular se expresó mi acompañante con suma frialdad, como quien habla de cosa secundaria, y en efecto como tal la tenía, pués la escuela, si tal nombre se le puede dar, ocupaba un mísero jacal en tan pésimas condiciones que en tiempo de lluvias no era posible permanecer adentro. El contraste era desastroso: mientras el fanatismo tenía a su servicio un lujoso templo, a la ciencia apenas si se le hacía la caridad de cederle una humilde porsilga. Y en aquel Pueblo veían esto con la mayor naturalidad.

A semejanza de este Pueblo existen miles en la República, de aquí la ignorancia que impera y la miseria que de ella se deriva, máxime si se toma en cuenta que en algunos lugares no hay ni una escuela; y en cambio, la iglesia levanta su cúpula y su torre dominándolo todo: hombres é intereses. Innumerables casos se han dado que confirman tal poder, nocivo por mil títulos. Referiré a vuela pluma uno de ellos, tomado al azar.

En el Territorio de Tepic, hace algunos años, cierta persona compró una hacienda que había pertenecido a la Iglesia y desde uego dió los pasos necesarios para trabajarla; pero se encontró con una dificultad tremenda El Obispo de aquella diócesis lanzó excomunión contra todo aquel que trabajara aquellas tierras; y dada la ignorancia de las masas, se encontró el hacendado con que nadie quería entrar a su servicio. Ajeno él a toda superstición y considerándose legítimo dueño de la hacienda, trató de contrarrestar la influencia del Clero y al efecto, fué a varios Estados vecinos a contratar peones bajo condiciones muy liberales, logrando reunir un regular número sin gran dificultad; pero he aquí que, apenas enterados de la excomunión que existía contra todo el que trabajara en aquella hacienda, abandonaron sus trabajos y nuevamente se vió el hacendado sin gente. No por esto se desalentó y siguió llevando nuevos elementos, pero siempre con el mismo resultado, hasta que al fin, convencido de que le era imposible contrarrestar la influencia del Clero, se acercó al Obispo, causante de todos aquellos trastornos, y mediante la entrega de una fuerte cantidad de dinero, logró que levantara la excomunión, y muy pronto reunió toda la gente que necesitaba.

Este caso pone de manifiesto la poderosa influencia que ha tenido el Clero sobre el pueblo a la vez que exhibe su mala fé y su inmoralidad más inicua.

En este libro sigo el proceso del Clero desde la conquista hasta nuestros días, deteniéndome únicamente en aquellos hechos que más resaltan y llenan el objeto apetecido; pues sería muy cansado y demasiado laborioso seguir paso a paso su vida de infamias e intrigas. Más con lo escrito, creo sea suficiente para qne se forme el lector un juicio más o menos exacto, de la perniciosa influencia clerical en la vida de nuestra Nación.

He procurado ser verídico en todo, concretándome a hacer en lo general una relación sucinta de los hechos. Por este motivo, a más de mi incompetencia literaria, quien busque bellezas de estilo o de dicción en este libro, de seguro que no encontrará nada. Es un libro de combate que tiene su principal apoyo en la verdad histórica, y como tal se le ha de considerar.

Sé que sobre mí se descargará la furia de la clerigaya y que algunos fanáticos abogarán por mi excomunión; pero atento unicamente al interés general me tiene sin cuidado todo. Puede en buena hora venir la gritería de quienes se sientan heridos que esa será la mejor justificación de este libro.

Sé también que muchos escritores se han abstenido de atacar al Clero, ante el temor de verse menospreciados por una parte de la sociedad que aún permanece bajo el peso bochornoso de los prejuicios y rancias creencias. Por mi parte, nada temo; si hablar con la verdad es un crímen para ciertas personas, que me juzguen como quieran, que no por eso dejaré de hacer uso de esa poderosa arma—la verdad—.

Me he propuesto hablar claro y claro hablaré, pasando por toda conveniencia personal y por todo interés que no sea el interés general.

A combatir la perniciosa influencia del Clero viene este libro. Quien crea que esta influencia ha terminado está en un error muy grande. Pués si bien cierto es que las principales figuras de la Iglesia permanecen fuera de la República, su poder no ha muerto: vive en el corazón de las muchedumbres, de los desheredados, de los parias, de aquellos que no han comido el pan de la instrucción. También impera en el corazón de los que, a pesar de haber adquirido la instrucción necesaria, no han podido emanciparse del yugo clerical debido al ambiente viciado en que han vivido.

Para estos en primer término he escrito este libro, que para los primeros, antes que el libro y la prédica está la Escuela. Allí se ha de fundir la nueva alma de nuestro pueblo, alejado de los prejuicios dominantes que son la causa directa de su miseria y de su atraso.

Quienes no se sientan capaces de despojarse de las rancias creencias que constitu-

yen la cadena con que los ha uncido la Iglesia tras de su carro triunfal, que no lean este libro. Quienes crean que la única verdad es la predicada por el Clero, que no lean este libro. Quienes lleven el propósito determinado de no encontrar nada bueno en las páginas siguientes, que no las lean. En una palabra: los fanáticos obcecados, los que no quieren ver la luz y abominan del progreso los que afirmen que lo blanco es negro aunque se les pruebe lo contrario, que no lean este libro.

Por otra parte: quienes a pesar de estar sometidos bajo el pesado fardo de las viejas creencias, se sienten capaces de despojarse de ellas, que lean este libro. Quienes no crean en la verdad absoluta predicada por el Clero, que lean este libro. Quienes no lleven predisposiciones de antemano sobre el contenido de las siguientes páginas, que las lean. En conclusión: toda persona de buena voluntad, todo aquel que sea amante del progreso y de la evolución, que no sea obcecado hasta el grado de negar la luz a pesar de que le hiera las pupilas, que lea este libro.

Y si este libro llega a convencer a alguno de su error, habrá cumplido con su misión, que para eso viene, desafiando las furias de los necios y de los obcecados, de los fanáticos y de los conservadores por abolengo.

EL AUTOR,
JOSE P. SALDANA.

I.

Estado en que se encontraba la Iglesia Católica en Europa, durante los primeros años de la Conquista de México.

Durante los primeros años del siglo XVI, tremendas fueron las crisis porque tuvo que pasar el Poder Romano; y más de una vez, parecía que había sonado su última hora. La desorganización más completa reinaba en el Vaticano: uno a otro se sucedían los Papas, enmedio de la consabida desorientación; pues no parecía sino que la fatalidad descargaba sobre ellos sus más tremendos golpes.

Julio II, elegido Papa a la muerte de Alejandro VI, se dedicó con todo empeño a formar una nación de la desmembrada Italia, puesto